

subjetividad derivado de las implicaciones excesivas. Aparte de los testimonios directos, la bibliografía utilizada es la más completa y actualizada posible, incluyendo libros que están por publicar y que han sido puestos a disposición de Tariq Ali.

El libro termina con una bomba: Nos revela qué le ocurrió a Christopher Hitchens, columnista del periódico *Nation*, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Sin duda, estas valientes afirmaciones suscitarán una avalancha de comentarios, de los que éste pretende ser el más sincero. Por eso debo reconocer un único detalle que me ha intranquilizado con respecto a este libro: La guerra reciente en Afganistán no se ha relacionado con la de Irak y apenas se ha criticado. Bien cierto es que no se corresponde con el título del libro, pero se correspondería con lo que el autor denomina "el entorno, [...] la historia que precedió a los hechos". Esta inquietud encuentra respuesta en la hipótesis de que "Bush en Babilonia" es una secuela de su libro anterior, ya que en él se dedica un capítulo a la historia reciente de Afganistán, redactada en el momento de la invasión. No obstante, las noticias posteriores a esos trágicos sucesos habrían requerido algún apéndice en el nuevo libro. En él y en el conjunto de su obra, nos presenta un panorama poco esperanzador, pero no es su propósito consolarnos, sino mostrarnos la verdad.

Álvarez Espinosa, Daniel. *Cristianos y marxistas contra Franco*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2003, 454 pp.

Por Gonzalo Ruiz Bidón
(Universidad de Cádiz)

El libro que presentamos intenta enriquecer un debate que creemos necesario: la convergencia dinámica entre el cristianismo y el marxismo. Daniel Álvarez Espinosa reivindica aquí la trayectoria de ese grupo humano que, desde la sociología y la ciencia política, se denomina 'cristianos de izquierda': hombres y mujeres que jugaron un importante papel durante la dictadura franquista, 'productores' de una cultura política -desde el punto de vista del autor- fundamental para entender la posterior transición a la democracia. Practicando una religiosidad del compromiso, marcada por su vivencia del Evangelio dentro del mundo obrero, estos individuos hicieron posible en nuestro país el nacimiento de un pensamiento socialista de

matriz cristiana. El recorrido, que Daniel Álvarez hace por las prácticas sociales de estos cristianos, intenta ser una reivindicación del papel que desempeñaron en la construcción de un movimiento obrero antifranquista y en la creación de diversos grupos políticos o sindicales en la oposición. Se subraya así la capacidad que ha tenido -y tiene- la religión de producir cultura política, poniendo en cuestión su necesaria privatización o su reducción a un confesionalismo de izquierda.

La historia cercana de los encuentros entre cristianos e izquierda política hay que situarla en los años cincuenta. Hacia mediados de esta década surge un cristianismo avanzado, abierto y dinámico. Militantes católicos de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y de la Juventud Obrera Católica (JOC) comienzan a encontrarse en el trabajo diario, codo con codo, y en las luchas obreras de la época, con sus compañeros de la izquierda política. Un encuentro en la realidad práctica, en la defensa de los intereses de los trabajadores y la justicia, en el compromiso de la lucha por los derechos humanos y las libertades democráticas. El conocido como "cristianismo de base", con su plena inserción en el mundo del trabajo, desde una fidelidad al Evangelio, dinamizará el diálogo. La presencia de los militantes obreros cristianos en centros de trabajo y en barrios, donde las condiciones laborales y de vida eran extremadamente duras, les exigía radicalidad evangélica. Estos cristianos no se limitaban a denunciar los elementos deshumanizadores que contemplaban, y a clamar por la necesidad de mayor justicia, mayor libertad y mayor igualdad. A partir del análisis de la realidad social y de una reflexión evangélica, muchos de ellos se integran en organizaciones de la izquierda política. Precisamente, es su fe cristiana la que les impulsa a trabajar y colaborar con sus compañeros de lucha. La aceptación de las organizaciones sindicales y políticas, como mediaciones necesarias para transformar la sociedad, así como la convergencia de objetivos y metas, favorece un diálogo fecundo, que aporta el aliento utópico y radical del cristianismo a la izquierda política.

Posteriormente, este encuentro colaborador viene favorecido, desde el mundo católico, por los cambios acontecidos a raíz del Concilio Vaticano II. Previamente, el Papa Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in Terris*, había reconocido la validez de esta colaboración práctica entre creyentes y no creyentes. Los años

posteriores al Concilio conocerán tiempos de diálogo. Es la época en que la intelectualidad europea del denominado "marxismo cálido", y los teólogos cristianos, entran en contacto. Se comienzan a destruir estereotipos mutuos y a someter a crítica presupuestos, a menudo, no demasiado reflexionados. Y corresponde al Partido Comunista de España el haber planteado con mayor insistencia el tema de las relaciones con el cristianismo. La presencia en su seno de hombres como Alfonso Carlos Comín, supondrá un gran aliciente para los debates cristiano-marxistas en dicho partido, funcionando una comisión específica sobre "Militancia comunista y cristianismo". A mediados de los años setenta el PCE llegó a proponerse, como objetivo, la asunción del potencial revolucionario que suponían amplios sectores de cristianos trabajando a favor de una sociedad socialista. Entre Febrero de 1975 y Septiembre de 1976, el PCE, el Partido Comunista de Euskadi y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, emitieron tres respectivas declaraciones programáticas bajo el título "La militancia de cristianos en el Partido". En ellas, se abandonaban las tesis leninistas, expresando la intención de admitir a los cristianos "con su fe", y se reconocía, además, la función liberadora que pudiera tener un cristianismo, no alienante, en la futura sociedad socialista.

Los resultados reales, por encima de los condicionamientos socio-históricos y las evaluaciones de cada parte, fueron muy fecundos, no sólo para el encuentro cristianismo-izquierda política, sino para la sociedad y política española en general, y para el puesto que ha de tener la religión en ella. El diálogo cristiano-marxista supuso un ejercicio de práctica democrática. El campo religioso, uno de los espacios tradicionalmente más conflictivos en nuestro país, se transformó en lugar preferente de diálogo, tolerancia, reconciliación y reconocimiento de libertades entre las dos Españas. Paradójicamente, las iglesias quemadas durante la guerra civil por las fuerzas obreras, se convirtieron en asilo y hogar de resistencia durante el franquismo. La Iglesia era atacada ahora por los antiguos "cruzados", y los hijos, de quienes pusieron la tea a los conventos, pasaron a estar dentro de ella sufriendo persecución. Desde el diálogo, se aprendió a aceptar la nueva cultura pluralista, y se sentaron las bases para la colaboración social en la futura sociedad democrática. A partir de la presencia militante de tantos cristianos en organizaciones políticas de izquierda, se pudo ir

superando la ecuación entre izquierda y ateísmo y, sobre todo, se fue deslegitimando un régimen político como el franquista, que contaba con la Iglesia católica como uno de sus pilares fundamentales. Dicho proceso, facilitó el trasvase de miembros de organismos del apostolado seglar, a actividades y organizaciones políticas en contra del régimen. Muchos antiguos militantes, de movimientos apostólicos, nutrirán grupos políticos y sindicales de la oposición, si bien se van a dejar algo en el camino: "¿te acuerdas de cuando eramos creyentes?".

El encuentro cristianismo-izquierdas, además de contribuir a la superación del franquismo, supuso, para la Iglesia, un acercamiento al mundo laboral. Decisivo, para lograr este paso, fueron los padecimientos sufridos por los cristianos, especialmente por parte de los curas obreros, comprometidos con los sectores sociales más desfavorecidos, viviendo con ellos en las barriadas marginales. Y lo revelador que les resultó experimentar, en propia carne, el hecho de la pobreza material para hacer una opción, real y decidida, a favor de los desheredados. Para la izquierda política española, este fenómeno reactivó el movimiento obrero, e hizo posible la formación de un nuevo sindicalismo al margen del oficialmente existente, además de favorecer la autocrítica y renovación doctrinal. Es de justicia recordar el papel que jugaron los cristianos en la construcción de un movimiento obrero antifranquista, así como de diversos grupos políticos o sindicales de la oposición. El hecho hizo posible que se abordaran estudios críticos sobre el marxismo; la crítica marxista de la religión fue ampliamente revisada, cuyo reflejo fue la ya señalada militancia de los cristianos en partidos comunistas, imponiéndose en éstos una concepción más laica y pluralista. Otras tendencias, más rígidas, seguirían manteniendo la incompatibilidad cristiano-marxista, intentando liberar a sus militantes creyentes del viejo y pesado "fardo de la fe".

No podemos dejar de hacer un balance de las realizaciones positivas que, tanto para la izquierda política, como para el cristianismo, ha significado (y sigue significando) el diálogo cristiano-marxista. Para la izquierda, ha supuesto: la presencia de cristianos en partidos y sindicatos, el voto cristiano a la izquierda, la laicidad del Estado y de los partidos (principalmente del PCE). Aspectos, todos ellos, que suponen un gran avance histórico, pues en

nuestro país, siempre se ha tendido a identificar catolicismo con derecha política. Por su parte, el PCE, al declararse partido laico, aceptando plenamente a los cristianos con su fe, supera la privatización de las ciencias religiosas y hace posible la pluralidad de corrientes culturales que nacen en su seno. Para el sector cristiano, el diálogo ha significado: el desbloqueo ideológico de la Iglesia, la diversidad del voto cristiano y el consiguiente pluralismo político de los creyentes, la purificación de la fe de falsas concepciones y prácticas conservadoras, la libertad frente a la doctrina y al magisterio eclesiástico, recuperando el Pueblo de Dios la interpretación de la Palabra evangélica; por último, la revisión de la crítica marxista de la religión, ante la constatación de que la vivencia de la fe cristiana, aunque a veces funciona como opio del pueblo, también alienta e inspira la liberación de los pueblos. Datos históricos claves, fruto de un diálogo fecundo, que hay que tener muy presente si se quiere proseguir la reflexión, y redescubrir los valores comunes, cristianos y socialistas, de raíz emancipatoria, como posibles elementos conformadores del futuro. Figuras relevantes en este proceso, por citar algunos nombres, fueron Guillermo Roviroso, Tomás Malagón, Alfonso Carlos Comín y tantos otros, cuyas aportaciones a la autocrítica y renovación del pensamiento católico no deberían ser olvidadas.

Los cristianos han sido -y son- un componente importante de la izquierda política de nuestro país, la cual no puede ser comprendida sin analizar el papel fundador que los cristianos han desempeñado en ella. Ojalá que este redescubrimiento de un pasado común sirva para tomar conciencia del camino recorrido y poder orientar eficazmente el futuro.

Bonhoeffer, Dietrich, *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*. Salamanca, Sígueme, 2003, 300 pp.

Por Daniel Álvarez Espinosa
(Universidad de Cádiz)

La reciente publicación (la anterior data del año 1983) por parte de la editorial Sígueme, de *Resistencia y Sumisión (Widerstand und Ergebung)*, ofrece, a los lectores en lengua castellana, una buena oportunidad de acercarse a conocer la figura de ese peculiar alemán, hombre recio y enhiesto, creyente y cristiano, que fue Dietrich Bonhoeffer. Pastor protestante, comprometido en actividades de la resistencia en

contra del régimen nazi, estuvo implicado en el grupo de conjurados, dirigidos por Klaus Schenk von Stauffenberg, que el 20 de Julio de 1944 hizo estallar una bomba en el búnker de Hitler. Detenido por la Gestapo, y después de un juicio sumarísimo, en la madrugada del 9 de Abril, Dietrich Bonhoeffer, con sólo 39 años, fue ahorcado con otros compañeros en el campo de exterminio de Flossenbürg.

El libro que nos ocupa, titulado con una expresión del mismo Bonhoeffer, recoge la casi totalidad de las cartas, además de poesías y esbozos de trabajos, que él escribió desde su celda en la prisión berlinesa de Tegel a sus padres, hermanos, parientes y especialmente, a su confidente Eberhart Bethge, antiguo compañero de facultad y más tarde sobrino político. Falta la relación epistolar con su prometida, María von Wedemayer, publicada en otro lugar¹. Un conjunto de escritos (cada uno con su fecha correspondiente) que son, en realidad, unos apuntes, dispersos e incompletos, a un libro suyo (desgraciadamente perdido) sobre el cristianismo no religioso. Correspondencia que, a pesar de su carácter fragmentario e inconcluso, no pierde su carácter sugestivo y cautivador. Las cuestiones teológicas (sin resolver y, a menudo, contradictorias) que preocupaban a este profesor no dejan indiferentes a quienes, sean creyentes o no, se ponen en contacto con su vida y su obra. Son muchos los hombres de nuestro tiempo que comparten sus mismos interrogantes.

La pedagogía fundamental de nuestro autor se podría resumir en el siguiente mandato: en el mundo hay que actuar como si no hubiera Dios, porque los cristianos no son unos niños a quienes todo les viene resuelto por un poder paternal superior. En realidad, la mayoría de edad obliga –a todos los hombres– a no poder contar con Dios para la vida en el mundo. Un adulto ha de valerse por sí mismo. Por eso, dice que "hemos de vivir en el mundo *etsi deus non daretur*"². Es Dios mismo quien quiere que el hombre sea adulto y dueño de su propio destino: "Dios nos hace saber que hemos de vivir como hombres que logran vivir sin Dios"³.

Un ser humano reducido a la impotencia para que el elemento religioso triunfe sobre él, sin que llegue a ser reconocido en su mayoría de edad y en su propia autonomía, le resulta insoportable al hombre de hoy. Por eso Bonhoeffer se propone situar al cristianismo en la vida real de los hombres y no fuera de ella, en